

María, mirada de Misericordia



En una de las oraciones marianas más queridas por el pueblo cristiano, la «*Salve*», invocamos a **María** como «*Madre de misericordia*». En la misma oración le pedimos confiadamente: «vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos». El papa **Francisco** escribe en la Bula de convocación del Año Santo de la Misericordia: «La dulzura de su mirada nos acompañe en este Año Santo, para que todos podamos redescubrir la alegría de la ternura de Dios» (*Misericordiae vultus* 24).

Los ojos son instrumento de revelación y de comunicación al mismo tiempo. Se abren hacia el interior, revelan la interioridad, la identidad auténtica de la persona. Son la ventana del alma, la lámpara del cuerpo (*Mt* 6,22), la epifanía del corazón. Mirar a los ojos de una persona es como estar ante un océano inmenso y profundo, es entrar con delicadeza en un santuario misterioso y fascinante. Los ojos también se abren hacia el exterior, acogen, acortan la distancia, establecen contacto, crean relación, tratan de abrazar totalmente a la persona con el corazón. La mirada es puente de intimidad, de afecto silencioso, de comunicación intuitiva, de emanación de luz, de comprensión de la persona. La amistad se establece y determina a través de los ojos. Así fue la mirada de Dios hacia todas las cosas que creó: «Y vió que todas las cosas que había hecho eran buenas» (*Gn* 1,4.10.12.31); Así fue también la mirada de **Jesús** en su encuentro con aquel joven que tenía deseos de vida eterna. Jesús «fijando su mirada en él, lo amó» (*Mc* 10,17).

Siguiendo esta doble dirección de la mirada queremos contemplar a María desde esta perspectiva: Ella ha sido mirada por este Dios misericordioso, se ha dejado llenar y transformar por Él, y por esta razón puede volver a nosotros “sus ojos misericordiosos” haciéndonos experimentar la misma ternura de Dios, que Ella ha sentido.

■ “Ha mirado la humildad de su sierva”

En su camino de Nazaret hacia la montaña, con un Dios escondido en su interior de forma sorprendente, María siente misteriosamente una realidad que se presenta llena de contrastes: su pequeñez y la grandiosidad divina, su vacío y a la vez la plenitud de su Creador y Salvador. Siente la necesidad de abrir su corazón, de exultar y de cantar en alabanza poética

llena belleza. Dos expresiones revelan vivamente su conmoción cuando dice: Dios «ha mirado la humildad de su sierva» (*Lc* 1,48) y «el Omnipotente ha hecho grandes cosas en mí» (*Lc* 1,49). La mirada de Dios ha colmado esta distancia imposible. En el encuentro íntimo entre gracia generosa y gracia humilde, entre gratitud pura y gratitud sincera, lo divino confluye con lo humano de un modo nuevo. Este encuentro acaecido en María, llegar a ser el lugar por excelencia de la comunicación entre Dios y el hombre. Ella se encuentra inmersa en una corriente de amor.



Juan Carlos Elena Cestino

■ “De generación en generación su misericordia”

Adentrándose en la mirada de Dios, María se ve así misma como la contempla Dios, se da cuenta que está verdaderamente, «llena de gracia» (Lc 1,28.30), tal como la ha saludado el ángel, una obra maestra de Dios omnipotente, un prodigio y un secreto divino. ¿Qué gloria más grande puede haber para una criatura que la certeza de tener un lugar en el corazón del mismo Creador? ¿Habrá felicidad más grande que sentirse objeto de complacencia y motivo de alegría para su Dios? María tiene razón cuando afirma «todas las generaciones me llamarán bienaventurada» (Lc 1,48).

Desde la mirada de Dios, María descubre no solo el proyecto divino que tiene para ella sino el proyecto que Dios tiene para toda la humanidad. Ella intuye a partir de cómo Dios actúa en su vida, el estilo y la manera de cómo Dios se hace presente en el mundo. Ella ve toda la historia de la humanidad atravesada de la misericordia, de ese amor que nos recuerda al seno materno (para la Biblia hebrea “misericordia” deriva del termino *ra-chamim*, que significa “seno”), que habla de ternura y solidez. «De generación en generación su misericordia se extiende a aquellos que le temen» (Lc 1,50). María no es una privilegiada exclusiva, podríamos

decir que es un paradigma, un modelo, una manifestación del amor de Dios para todos y cada uno de sus hijos e hijas. Ella garantiza y testimonia que la historia humana, a pesar de la oscuridad y el pecado, está marcada por un proyecto de amor. También el futuro de esta historia está cargado de esperanza, de bellas sorpresas y de motivos nuevos por los que exultar, ya que Dios es tenaz en su amor: «se acuerda siempre de su misericordia» (Lc 1,54).



■ “No tienen vino”

En las bodas de Caná de Galilea, María se vuelve a Jesús y le dice: «No tienen vino» (Jn 2,3). Después pide a los sirvientes y les sugiere: «Haced lo que Él os diga» (Jn 2,5). Estas palabras son reveladoras de su maternal mirada y de su corazón misericordioso, que se adelanta ante las situaciones de necesidad. El Vaticano II observa que, la Madre de Jesús «en Caná de Galilea, movida por la misericordia, suscitó con su intercesión el comienzo de los milagros de Jesús Mesías» (Lumen Gentium 58).

«¿Qué es la misericordia?» se pregunta y responde san Agustín: «No es otra cosa que cargarse el corazón con un poco de la miseria del otro» (Discurso 358). La expresión «no tienen vino» de María abre como una espiral en su vida interior; en su corazón, dispuesto a asumir la miseria y la necesidad de los otros. Mientras todos están celebrando y disfrutando de lo que tienen, María está pendiente de aquello que está a punto de faltar. Ella se da cuenta antes que nadie de la necesidad de forma más incisiva. Ella ve con la inteligencia de corazón y con sabia intuición. La proverbial frase del Principito: «solo se ve bien con el corazón; lo esencial es invisible a los ojos» nos puede ayudar en este contexto. Comenta el

Procesión de María Auxiliadora por las calles de Málaga.

Cardenal C. Martini: «María aunque ve el conjunto, tiene ese golpe de ojo y comprende que algo esencial está sucediendo y qué está faltando. Este es el espíritu contemplativo de María, su capacidad de síntesis hecha don, su capacidad de atender a las cosas particulares».

María tiene la misma mirada misericordiosa de Jesús que «vio una muchedumbre y se conmovió, porque estaban como ovejas sin pastor» (Mc 6,34; Mt 14,14). Jesús ve, se conmueve y actúa en la multiplicación de los panes. María ve, se conmueve y actúa, yendo a rogar a su Hijo.

■ “Haced lo que Él os diga”

En Caná, después de haber confiado el problema a Jesús, María dice a los sirvientes: «Haced lo que Él os diga». Estas palabras son, según los Evangelios, la única de María dirigida a los hombres. Por esta razón viene considerada como el «mandamiento de la Virgen». Es también la última palabra, casi un «testamento espiritual» entregado a sus hijos. Después de esto María no hablará más; ha dicho lo esencial dirigiendo la humanidad a Jesús y abriéndole su corazón.

■ Sor María Ko, FMA



Isidoro Igualada

Imagen de La Consolata, patrona de Turín, en la capilla Pinardi de Valdocco. A esta imagen le rezaron Mamá Margarita, Domingo Savio y acompañó el inicio de la misión de Don Bosco.